



Educación Médica

www.elsevier.es/edumed



Quehaceres para el fomento del español científico y técnico

Antonio Calvo Roy

Presidente de la Asociación Española de Comunicación Científica

PALABRAS CLAVE

Periodismo científico
Redes
Rigor
Fuentes

Resumen Para que el español siga siendo una lengua de cultura ha de contar con las palabras que permiten entender el mundo y, en buena medida, esas palabras, hoy, surgen del universo de las ciencias. Por eso, el papel de los periodistas científicos, que son quienes, con los científicos, dotan a sus conciudadanos de esas nuevas palabras y, por tanto, de esos conocimientos novedosos, es esencial. Entre el rigor y la prisa que caracterizan al mundo de la información, los periodistas han de encontrar tiempo para verter al español con las palabras adecuadas los nuevos conceptos. Las redes sociales y su inmediatez son un método ideal que permite enfrentarse a ese binomio prisa-rigor. Si se sigue y se pregunta a las fuentes adecuadas, por ejemplo, en Twitter, a la Real Academia Española de la Lengua (@RAEinforma), a la Fundéu (@Fundeu) y a Fernando Navarro (@navarrotradmed), es sencillo encontrar las respuestas adecuadas y canónicas a las dudas sobre cómo llamar en español a los nuevos conceptos. Si estamos de acuerdo en que el periodismo científico tiene su parte de responsabilidad en cómo se acuña el lenguaje científico en español, actuemos con responsabilidad.

© 2017 Elsevier España, S.L.U. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons CC BY-NC-ND (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

KEYWORDS

Scientific journalism
Social networks
Rigour
Sources

Tasks for the promotion of scientific and technical Spanish

Abstract For the Spanish to keep its role as a language of culture, it has to rely on the words that allow understand the world; in a good part, these words belong to universe of the sciences. Thus, the role of the scientific journalists, those who participate with scientists in providing the scientific idiom to their fellow-citizens, has become instrumental. Between the rigour and the hurry that characterize the world of information, the journalists should find the time to pour out into Spanish everyday vocabulary suitable words for new concepts. The social networks and its immediacy are good media for successfully facing this binomial hurry/rigour. By following suitable sources, such as in Twitter the Royal Academy of Spanish Language (@RAEinforma), Fundéu (@Fundeu) and Fernando Navarro (@navarrotradmed), it is simple to find the suitable and canonical answers to any doubts arising when translating new concepts into Spanish. If we agree on that as scientific journalists we are sharing our part in how the scientific language is coined in Spanish, let's act with responsibility.

© 2017 Elsevier España, S.L.U. This is an open access item distributed under the Creative Commons CC License BY-NC-ND (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

Correo electrónico: calvoroy@gmail.com

Sabemos, con Yuval Noah Harari, que la revolución cognitiva que convirtió a nuestra especie, dice este historiador, de insignificante en dominadora, se cimentó en la capacidad para contar historias, para inventar ficciones. Es verdad que Harari, que es tan brillante como provocador, insiste en que aprendimos a hablar para poder cotillear entre nosotros: “la función central del lenguaje humano era hablar de las otras personas”, dice el autor de *De animales a dioses*¹, pero lo que nos hizo lo que somos fue nuestro lenguaje. Y también fue el lenguaje lo que hizo posible las 2 revoluciones posteriores, la agrícola y la científica.

Somos, pues, lo que hablamos. Y los periodistas, todavía más. Puesto que ya tenemos aquí lenguaje y periodismo, me gustaría reflexionar sobre un par de aspectos del trabajo de los periodistas científicos y el idioma. Un periodista es alguien que encuentra, ordena y cuenta una historia. Es decir, alguien que camina, que jerarquiza, que escribe. Un periodista científico, además de eso, es alguien al que otra persona, alguna vez, le dice: “¿Y no podrías explicar entre paréntesis qué es exactamente la teoría de la relatividad?”.

Trabajar con fuentes en inglés es una segunda naturaleza para los periodistas científicos. Y, por supuesto, hay que hacerlo rápido y hay que usar términos que con frecuencia son muy precisos y muy nuevos. Eso exige una cierta especialización, que evite que nos ocurra como a nuestro colega de 1923, un periodista, no científico, que tuvo que contar lo que había dicho Albert Einstein en una de las charlas que el físico dio en Madrid ese año y que se ha convertido en una de mis citas favoritas de la profesión. Desde luego, la conferencia debió de causar una gran impresión en el público, si juzgamos por lo que cuenta este colega. Decía que, pese a tratar solo de “generalidades de la teoría de la relatividad, el trabajo del periodista no fue sencillo”. Y proseguía: “Aunque la conferencia que el ilustre matemático dio ayer tarde en el Ateneo tuvo carácter de vulgarización científica, lo abstruso del tema, la absoluta falta de aplicación a la práctica, las dificultades casi insuperables de exponer las novedades doctrinales sin apelar al formulismo matemático y especialmente la circunstancia de que el expositor, que piensa en su idioma nativo, que es el alemán, se viera obligado a ir improvisando una traducción al francés, hacen poco menos que imposible reseñar fielmente las explicaciones del conferenciante”². Al menos, el periodista fue honrado y no se inventó una historia para justificar su ignorancia.

Y los de hoy, ¿cómo haremos para mantener esa especialización necesaria y para saber, además, poner en correcto español lo que leemos en inglés? Pues, como casi siempre, acogiéndonos a sagrado. Y, para invocar a un santo patrón de esta jornada, citaré a Fernando Navarro: “Cada año se acuñan en inglés neologismos médicos por millares, que hemos de importar rápidamente en español con la máxima precisión, claridad, rigor y corrección si queremos que nuestro idioma siga siendo útil como lengua de cultura”³. ¿Cómo haremos para estar al tanto quienes hemos de usarlo a toda velocidad, cuando los leemos en una reseña de prensa de un centro de investigación de Estados Unidos o directamente de *The Lancet* o de *Nature*?

Y, por supuesto, nuestro lenguaje de periodistas científicos, comparado con las imprecisiones del lenguaje común, debe ser bien distinto: “Al tratarse del lenguaje periodístico, la ambigüedad debe ser superada y, sin dejar de ser relativamente culto, debe ser claro y muy comprensible”, según afir-

ma Luka Brajnovic en su libro *El lenguaje de las ciencias*⁴. Y continúa: “El lenguaje periodístico debe ser comprendido sin esfuerzo por cualquier lector u oyente y, al mismo tiempo, tan cuidado y preciso que al culto no le parezca una vulgaridad ni al vulgo una acumulación de tecnicismos y frases complicadas”. Solo falta añadir, este año del 400 aniversario, lo que le dice el discreto amigo de Cervantes cuando le ayuda a rematar su *Quijote* y que el autor cuenta, en el prólogo de la primera parte, en las recomendaciones destinadas a que la obra consiga que “leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla”⁵.

Pero no pierdo de vista, aunque pudiera parecer lo contrario, que esta breve intervención se llama *Quehaceres para el fomento del español científico y técnico*. Y digo que no lo pierdo de vista porque, a mi juicio, lo que los periodistas científicos podemos y debemos hacer para sumarnos a esta noble causa es relativamente sencillo: acogerlos a sagrado, como decía antes, y seguir nuestro propio criterio, siempre que lo tengamos. No digo opinión, digo criterio.

Nosotros escribimos para el común y, por lo tanto, somos nosotros los que dotamos al común de las palabras que le están permitiendo entender el mundo en el que vive. Por eso creo, dicho sea de paso, que el periodismo científico es la especialidad más importante del momento, porque es la que permite a nuestros conciudadanos entender qué les pasa y qué les va a pasar, saber en qué mundo viven y qué consecuencias a largo plazo tienen sus decisiones o sus incomparencias.

Precisamente por eso, el periodismo científico es una herramienta básica de democratización, porque no tendremos una democracia digna de tal nombre si los electores no saben de qué hablamos cuando hablamos de terapia génica, de incremento del CO₂, de incertidumbre frente al cambio climático y de tantas otras cuestiones que van a ser determinantes para todos y en las que la investigación científica tiene un papel destacado.

Por eso creo que las palabras que usen serán tan importantes. No es lo mismo decir DNA que ADN, como no es lo mismo STEM que, según la reciente recomendación de la Fundéu, CTIM⁶. Y alguien podría pensar que esta reflexión, si hablamos de hacer, o más bien de contar, la ciencia en español no es muy apropiada porque precisamente la diferencia está entre el común o el experto y quien marque la tendencia será el experto. Sin embargo, yo creo, en primer lugar, que la tendencia la marca el número de hablantes que usen una u otra fórmula, pero, además, el experto lo es solo en lo suyo y en todos los demás campos es del común. Por lo tanto, la influencia que sobre él ejerzan los medios será también determinante.

Fomentaremos mejor el español científico y técnico si consideramos adecuado usarlo para comunicar ciencia entre nosotros y si no tenemos que recurrir constantemente al uso de palabras en otro idioma en cualquier conversación. Si la estu-penda campaña que hace poco ha patrocinado la Academia sobre el español en la publicidad se hiciera sobre cómo se habla en el mundo de la investigación, seguro que nos íbamos a reír tanto como lo que nos reímos con la de la publicidad.

Y, antes de terminar, dos ideas más. Por una parte, que ese acogerse a sagrado del que hablaba antes tiene la ventaja de la catedral, está en cualquier sitio. De hecho, la

llevamos en el teléfono gracias a las facilidades que nos proporciona la red. La cuenta de Twitter de la Fundéu o la de la Academia, o la de Fernando Navarro, funcionan como un tiro y permiten solucionar dudas de manera casi instantánea. Hace no mucho, por ejemplo, Navarro recuperaba el verbo sacrificar (en el sentido de matar a un animal) en vez de las variantes que se han podido leer y escuchar en los medios (eutanizar, eutanatizar, eutanisar o eutanatista), todas ellas mal inventadas puesto que, en todo caso, dice Navarro, habría que usar eutanasiar⁷.

Por eso, no hay excusas para no utilizar bien los términos: en caso de duda, se puede preguntar y las respuestas son casi inmediatas. Si los periodistas lo hacemos mal, y con frecuencia lo hacemos mal, me temo que se debe a falta de criterio más que a prisa, a estulticia y vagancia más que a una supuesta búsqueda de rigor. No es más riguroso DNA que ADN ni STEM que CTIM, será lo que queramos que sea.

Y, sobre la ciencia en versión original, creo que empeñarse en que se use el español es mucho más complicado y, me temo, escasamente útil. Es una lamentable obviedad decir que hoy la ciencia importante se hace en inglés o no existe. Pero, lejos de ver esto como un desastre irresoluble, hay que afrontarlo como una realidad de la que sacar el mejor partido posible. Creo que las campañas destinadas a convencer a nuestros científicos de que no publiquen en inglés ya ni siquiera cuentan con partidarios entre los más recalcitrantes. Por supuesto, hay que publicar en inglés y en las revistas importantes de cada especialidad, eso es innegociable. No hay ciencia en el mundo con vocación de trascendencia que no se haga en este idioma. Como decía Santiago Ramón y Cajal, justificando el que tradujese sus artículos al francés, al inglés o al alemán, “solo luchando con los fuertes se llega a ser fuerte”⁸.

Entre paréntesis, otra cosa es cómo está el mundo de las revistas científicas y cómo se han convertido en lo más parecido a las agencias de calificación económica, con políticas arbitrarias de las que se quejan los investigadores de todo el mundo, sí, pero a las que de momento nadie pone coto. Los monopolios de la publicación deberían revisarse en profundidad, entre otras cosas, que eso de publicar en abierto haya sido publicar en abierto pero muy caro, aunque creo que esa es otra discusión que trasciende a la del idioma⁹.

En todo caso, decía, no se puede no publicar en inglés si se quiere estar en el mundo, pero eso no significa que la información sobre ciencia para el público tenga que hacerse, con la excusa del rigor, usando términos en inglés. Sin duda, cuando escribamos sobre esos asuntos en las fronteras del conocimiento, y por tanto en las fronteras del idioma, habremos de hacerlo con un rigor extremo, como siempre, pero sin caer en el traicionero anglicismo fácil ni en la chapuza para salir del paso. Traductores, periodistas, lingüistas y, por supuesto, con los investigadores en el mismo equipo, hemos de tener conciencia de la responsabilidad que nos incumbe y actuar consecuentemente.

Y puesto que el idioma de la ciencia cambia a la misma velocidad a la que cambia el cocimiento, y hacen falta palabras nuevas para nuevos conceptos, séase ágil. La tentación de trasladarlas directamente del inglés, idioma en el que no siempre se piensan estos nuevos conceptos, pero sí el primero en el que se vierten con trascendencia internacional, es demasiado alta y hay que combatirla. Primero, porque la lengua inglesa es mucho más flexible que nues-

tro austero español para admitir la creación de neologismos y, en segundo lugar, porque si se reflexiona, siempre se encuentra otro nombre, otra palabra más adecuada para ese nuevo concepto. Las redes, como decía antes, permiten esa agilidad.

Lo malo es que, con demasiada frecuencia, lo que determina qué palabra se impone no responde a un criterio pensado sino a lo que el escritor brasileño Luis Fernando Veríssimo llama “a gratuidade da coisa”. En un estupendo cuento, titulado *Irmãos (Hermanos)*¹⁰, un tipo se sorprende de que el suyo fuera el único que llegó a la meta de entre los millones, *bilhões*, de espermatozoides surgidos de su padre la noche, “suponho que tenha sido uma noite”, en que fue concebido. Se acuerda de los hermanos que cayeron en la carrera y se sorprende por “a gratuidade da coisa”. Me temo que en esto también hay mucho de casualidad y el cómo se fijan unos u otros vocablos, algunos deberían ser llamados *vacablos*, depende quién sabe de qué, aunque con frecuencia de la ignorancia de los periodistas y de la soberbia de los investigadores.

Por eso, este tipo de encuentros son importantes y por eso es importante la labor de quienes están a disposición de los usuarios en cualquier momento. Los periodistas nos hemos quedado sin excusa para usar de manera adecuada los términos científicos porque tenemos, como decía antes, muchos lugares sagrados a los que acogernos. Si todos, nosotros y los investigadores, hiciéramos más caso a esas recomendaciones, estoy seguro de que avanzaríamos en el fomento del español como lengua de ciencia y de técnica; en definitiva, como lengua de cultura.

Agradecimientos

Gracias a Bertha M. Gutiérrez Rodilla, Fernando A. Navarro González y José Antonio Sacristán del Castillo por contar con la Asociación Española de Comunicación Científica para esta XI Jornada MEDES. Una jornada en la que los periodistas y quienes trabajamos en la comunicación de la ciencia tenemos, o deberíamos tener, especial interés.

Bibliografía

1. Harari YN. De animales a dioses (sapiens): una breve historia de la humanidad, Debate, Madrid, 2015.
2. El Imparcial. 1923, 9 de marzo. p. 3.
3. Navarro González F. Minidiccionario crítico de dudas. Panace@. 2007;8:3-14.
4. Brajnovic L. El lenguaje de las ciencias. Pamplona: Salvat; 1966.
5. Don Quijote de la Mancha. Centro Virtual Cervantes. Disponible en: http://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/edicion/parte1/prologo/prologo_02.htm
6. Carreras CTIM, mejor que carreras STEM. Fundéu; 2016. Disponible en: <http://www.fundeu.es/recomendacion/carreras-ctim-mejor-que-carreras-stem/>
7. Navarro F. ‘To euthanize’: ¿eutanizar? Laboratorio del Lenguaje. Correo Farmacéutico. Disponible en: <http://medicablogs.diario-medico.com/laboratorio/2014/10/15/to-euthanize-eutanizar/>
8. Ramón y Cajal S. Historia de mi labor científica. 4.ª ed. Madrid: Alianza; 1984. p. 50.
9. The Cost of Knowledge. Dsponible en: <http://thecostofknowledge.com/>
10. Veríssimo LF. O Analista de Bagé. Porto Alegre: Editorial L&PM; 1991. p. 19.